

Extrait du El Correo

<http://www.elcorreo.eu.org/Como-la-guerra-en-serie-se-convirtio-en-un-modo-de-vida-en-EE-UU-David-BromwichAmerica-s-Serial-WarsHow-Serial-War-Became-the-American-Way>

Las guerras de EE.UU.

Cómo la guerra en serie se convirtió en un modo de vida en EE.UU.David BromwichAmerica's Serial WarsHow Serial War Became the American Way of LifeDavid Bromwich

Date de mise en ligne : lundi 27 juillet 2009

- Empire et Résistance - « Gringoland » (USA) -

Copyright © El Correo - Tous droits réservés

Read in english down this page

Introducción del editor de Tom Dispatch :

El secretario de defensa de EE.UU., Robert Gates, defendió recientemente como sigue su decisión de detener la producción del F-22 Raptor, el gigantesco despilfarro para un caza bombardero : "Hay que considerar," dijo el secretario de defensa, "que para 2020, se proyecta que EE.UU. tenga cerca de 2.500 aviones de combate de todos los tipos, con sus tripulaciones. De esos, cerca de 1.100 serán de la quinta generación más avanzada, F-35 y F-22. Se proyecta que China, al contrario, no tenga aviones de quinta generación hasta 2020. Y hasta 2025, la brecha sólo aumenta. EE.UU. tendrá aproximadamente 1.700 de los cazas de quinta generación más avanzados, en comparación con sólo un puñado de aviones comparables de los chinos... Sólo en el universo paralelo que es Washington D.C., eso sería considerado 'destruir' la defensa."

De modo que ya llegamos a 2025 y, nos dice el secretario de defensa, EE.UU. tendrá todavía, según la actual planificación del Pentágono, una fuerza aérea sin igual en la Tierra. Pero no basta. Es sólo una planificación a mediano plazo cuando tiene que ver con las fuerzas armadas de EE.UU. y las guerras del futuro. David Axe, del blog Danger Room de Wired, informa que la Fuerza Aérea acaba de publicar su "Plan de Vuelo de Sistemas de Aviones sin Tripulación 2009-2047." En lo que Axe describe como "82 páginas repletas de acrónimos," sugiere que "los combatientes aéreos de mañana no tendrán pilotos en la cabina." El Plan esboza que "robots volantes cada vez mayores y más sofisticados terminarán por reemplazar todos los tipos de aviones tripulados en su inventario - todos, desde rápidos cazas en el aire hasta pesados bombarderos y aviones cisterna."

No importa si esto resulta ser fantasía o realidad, lo que hay que subrayar es esa fecha : 2047. Ahora bien, es una planificación a largo plazo como es probable que ninguna otra parte del gobierno de EE.UU. vaya a realizar algún día. Y es porque, como indica David Bromwich, quien escribe regular e mordazmente para Huffington Post y New York Review of Books, EE.UU. se ve ahora en el futuro distante como guerrero serial.

Tom.

Las guerra en serie de EE.UU.

Por David Bromwich

[Tomdispatch](#) . USA, 21 de Julio de 2009.

El 16 de julio, en un discurso en el Economic Club de Chicago, el secretario de defensa Robert Gates dijo que el "problema central" para la defensa de EE.UU. es ahora cómo las fuerzas armadas deben ser "organizadas, equipadas - y financiadas - en los años por venir, para ganar las guerras en las que nos encontramos mientras nos preparamos para amenazas en o más allá del horizonte." La frase más allá del horizonte debiera ser de mal agüero. ¿Quería decir Gates a su audiencia de dirigentes empresariales de mentalidad cívica que gastaran más dinero en defensa para enfrentar amenazas por cuya existencia en sí nadie podía hacerse responsable ? En vista de la aceptación pública del militarismo estadounidense, podía hablar a sabiendas de que nunca llegaría a plantearse ese embarazoso cuestionamiento.

Hemos comenzado a hablar a la ligera sobre nuestras guerras ; y esto debiera ser sorprendente por diversas razones. Para comenzar, en la historia de EE.UU. la guerra nunca fue considerada una situación normal. Durante dos siglos los estadounidenses aprendieron a pensar que la guerra en sí es una aberración, y sólo parecería que las

"guerras" en plural son doblemente aberrantes. A generaciones más jóvenes de estadounidenses, se les está enseñando ahora a no esperar un fin de la guerra - y ningún fin de las guerras.

Para cualquiera que haya nacido durante la Segunda Guerra Mundial, o en los primeros años de la Guerra Fría, la esperanza de progreso internacional hacia la reducción de conflictos armados sigue siendo una memoria palpable. Después de todo, la amenaza de las potencias del Eje, cuyo aparato estatal era alimentado por las guerras, fue eliminada definitivamente por la acción concertada de Rusia Soviética, Gran Bretaña, y EE.UU. La fundación de Naciones Unidas representó una mayor esperanza de una paz general. Organizaciones como el Comité por una Política Nuclear Cuerdo (SANE) y la Unión de Científicos Preocupados recordaron a la gente en Occidente, así como en el bloque comunista, una verdad que ya todos conocían : que el mundo tenía que superar la guerra. El filósofo francés Alain Finkielkraut llamó ese breve intervalo "la Segunda Ilustración" en parte por la unidad del deseo de un mundo en paz. Y el nombre Segunda Ilustración está lejos de ser absurdo. Los años después de la peor de las guerras estuvieron marcados por un sentimiento de disgusto universal ante la idea misma de la guerra.

En los años cincuenta, la única guerra posible entre las grandes potencias, EE.UU. y la Unión Soviética, habría sido una guerra nuclear ; y el horror de la destrucción asegurada era tan monstruoso, la perspectiva de las consecuencias tan imperdonable, que la única alternativa parecía ser un propósito de paz. John F. Kennedy lo vio claramente cuando presionó por la ratificación del Tratado de Prohibición de las Pruebas Nucleares - el mayor logro de su gobierno.

Lo firmó el 7 de octubre de 1963, seis semanas antes de ser asesinado, y marcó el primer paso para alejarse de la guerra en toda una generación. ¿Quién iba a imaginar que el próximo paso tardaría 23 años, hasta que la imaginación de Ronald Reagan fue influenciada por la imaginación de Mijail Gorbachov en Reykjavik ? La demora después de Reykjavik ha tardado casi otro cuarto de siglo ; y aunque Barack Obama habla el lenguaje del progreso, todavía no está claro si posee el coraje de Kennedy o la imaginación de Gorbachov y Reagan.

Olvidando Vietnam

En el Siglo XX, como en el XIX, las guerras pequeñas "involucraron" una mentalidad de guerras que duran una década o más. La Guerra de Corea provocó en los estadounidenses el estado de miedo necesario para permitir la realización de la Guerra Fría - uno de cuyos dogmas, la identificación de la isla de Formosa como la verdadera China, fue desarrollado por el *lobby* favorable a la guerra alrededor del líder nacionalista chino Chiang Kai-shek. Sin embargo, ni la Guerra de Corea que tuvo lugar en cierta medida bajo auspicios de la ONU, ni la Guerra de Vietnam, por crueles y destructoras que hayan sido, alteraron el punto de vista de que la guerra era una reliquia de un pasado bárbaro.

Vietnam fue el subproducto de una política de "contención" contra la Unión Soviética que se salió de control : una pequeña contrainsurgencia que creció a la escala de una guerra casi ilimitada. A pesar de ello, el que se hablara persistentemente de paz - tal como ya no se hace en estos días - formó un contrapunto a los últimos seis años de Vietnam, y nunca hubo siquiera la sugerencia de que otra guerra semejante podría seguir naturalmente porque teníamos enemigos por doquier en el planeta y porque la manera de encarar a los enemigos era invadirlos y bombardearlos.

El fracaso de la conciencia moral de EE.UU. cuando se trató de Vietnam tenía poco que ver con un encantamiento con la guerra como tal. En cierto sentido lo que hubo es lo contrario. El fracaso tuvo que ver, en gran parte, con una tendencia a tratar la guerra como una "pesadilla" particular, más allá del alcance de la historia ; algo que nos sucedía a nosotros, no algo que nosotros hacíamos. Oponentes y partidarios de la guerra compartieron la creencia de que nunca se debía permitir que algo semejante volviera suceder.

De modo que la lección de Vietnam llegó a ser : nunca hay que comenzar una guerra sin saber lo que se quiere lograr y cuándo se tiene la intención de partir. Colin Powell dio su nombre a la nueva doctrina ; y al convertir la violencia de cualquier guerra en una ecuación de coste-beneficio, ayudó a borrar la consciencia del mal que habíamos cometido en Vietnam. La sintomática y extrañamente despiadada advertencia de Powell a George W. Bush sobre la invasión a Iraq - "Si lo rompe, lo paga" - expresa el pragmatismo militar de su modo de pensar.

Durante más de una generación, dos ilusiones han dominado el modo de pensar estadounidense sobre Vietnam. En la derecha, ha habido la idea de que "combatimos con una mano atada detrás de la espalda." (De hecho las únicas armas que EE.UU. no utilizó en Indochina fueron nucleares.) Dentro del establishment liberal, por otra parte, se prefiere la teoría del asesino solitario : como en la Guerra de Iraq, en la cual la culpa es del secretario de defensa Donald Rumsfeld, en Vietnam el secretario de defensa Robert McNamara se ha convertido en el culpable preferido.

Esta conveniente limitación de la responsabilidad para Vietnam se hizo, en todo caso, más pronunciada después de la muerte de McNamara el 6 de julio. Incluso un obituario honesto y despiadado como el de Tim Weiner en New York Times apartó de la historia central a personajes relevantes como el secretario de estado Dean Rusk y el general William Westmoreland. Mientras tanto, el presidente Richard Nixon y su consejero nacional de seguridad Henry Kissinger parecen haberse desmaterializado por completo - como si no hubieran hecho otra cosa que "heredar" la guerra. La verdad es que Kissinger y Nixon ampliaron la Guerra de Vietnam y exacerbaron sus crímenes. Basta con recordar la transmisión de una alarmante orden presidencial en un llamado telefónico de Kissinger a su adjunto Alexander Haig. EE.UU. iniciaría, dijo Kissinger, "una masiva campaña de bombardeo en Camboya [utilizando] todo lo que vuela contra todo lo que se mueva."

Vietnam no fue más que Iraq una guerra con un solo arquitecto o en función del interés de un solo partido. Todo el *establishment* político estadounidense - y durante todo el tiempo posible, también la cultura pública - se sumaron a la guerra y cuestionaron la lealtad de oponentes y antagonistas. Se pidió a la opinión pública que admirara, y no dejó de apoyar, la Guerra de Vietnam durante cinco años bajo el presidente Lyndon Johnson ; y Nixon, elegido en 1968 con la promesa de terminarla con honor, no fue responsabilizado cuando la continuó más allá de su primer período y agregó una atroz guerra auxiliar en Camboya.

Sin embargo, desde que el senador Joe McCarthy acusó a los demócratas de "veinte años de traición" - la acusación de que, bajo los presidentes Franklin Delano Roosevelt y Harry Truman, EE.UU. había perdido una guerra contra agentes comunistas dentro del país, que ni siquiera habíamos comprendido que tenía lugar - se ha convertido en una verdad popular de la política estadounidense que el Partido Republicano es el partido que sabe de guerras : cómo causarlas, y cómo terminarlas.

En la práctica, esta significa que a los demócratas tiene que serles difícil mostrar que están más dispuestos a combatir que lo que puedan considerar prudente o justo. Como prueba el legado de Lyndon Johnson y Bill Clinton, y como ha confirmado el primer medio año de Obama, los presidentes demócratas se sienten obligados a iniciar o a ampliar guerras para mostrar que son dignos de todo tipo de confianza. Obama ya mostró su comprensión de la lógica del candidato demócrata en tiempos de guerra en la campaña primaria de 2007, cuando aseguró a los establishment militar y político que la retirada de Iraq sería compensada mediante una guerra más amplia en Pakistán y Afganistán.

Ahora estamos próximos a codificar un modelo según el cual se espera que un nuevo presidente nunca renuncie a una guerra sin emprender otra.

De la intervención humanitaria a las guerras por elección

Nuestra confianza en que nuestra selección de guerras será asegurada, y nuestros asesinatos perdonados, por los beneficiarios correspondientes proviene sobre todo de la idea popular de lo que sucedió en Kosovo. Sin embargo, las once semanas de bombardeos de la OTAN desde marzo hasta junio de 1999 - un aparente ejercicio de humanidad (en el cual ni un solo avión fue derribado) en la causa de un pueblo asediado - también fue un ejercicio de estrategia y armas.

Kosovo, en este sentido, fue un espécimen mayor del tipo de guerra de ensayo lanzada en 1983 por Ronald Reagan en 1983 (donde una invasión de Granada hecha ostensiblemente para proteger a estadounidenses residentes también sirvió como cobertura agresiva para la retirada del presidente del Líbano), y en 1989 por George H.W. Bush en Panamá (donde un ataque contra un dictador impopular sirvió como ejercicio de prueba para las armas y la propaganda de la Primera Guerra del Golfo de un año después). El ataque de la OTAN contra la antigua Yugoslavia en defensa de Kosovo fue también una guerra pública - legal, feliz, y justa, a los ojos de los medios dominantes - una guerra ciertamente organizada abiertamente y conducida con una oleada de conciencia. La cara de Tony Blair irradiaba la bondad de los bombardeos. Kosovo, más que cualesquiera otros enfrentamientos en los últimos años preparó el consenso militar-político estadounidense a favor de guerras seriales contra enemigos transnacionales del tipo que se sea.

Un reciente artículo de David Gibbs, extraído de su libre "First Do No Harm" presentó un antídoto para la leyenda humanitaria de la guerra de Kosovo. Gibbs muestra que no fueron los serbios sino el Ejército de Liberación de Kosovo (ELK) el que, en 1998, rompió los términos del acuerdo de paz negociado por Richard Holbrooke y por lo tanto hizo inevitable una guerra. Tampoco fue poco razonable que Serbia objetara posteriormente a la demanda estadounidense y europea de que los mantenedores de la paz de la OTAN gozaran de "paso sin restricciones y acceso sin impedimenta" a través de Yugoslavia - en efecto, que consintiera ser un país ocupado.

A los estadounidenses se les dijo que los serbios en esa guerra eran opresores, mientras los albanos eran víctimas : una mitología que se parece en mucho a los informes estadounidenses posteriores sobre los suníes culpables y los chiíes inocentes de Iraq. Pero el ELK, informa Gibbs, "tenía antecedentes de brutalidad y racismo que diferían poco de los de las fuerzas de Milosevic." Y lejos de impedir asesinatos masivos, los "ataques quirúrgicos" de la OTAN sólo los aumentaron. El número de muertos en ambos lados antes de la guerra fue de unos 2.000. Después de los bombardeos, y como venganza por ellos, cerca de 10.000 personas fueron muertas por las fuerzas de seguridad serbias. Por lo tanto, mientras más se examina el caso, menos aceptable parece Kosovo como precedente para futuras intervenciones humanitarias.

Clinton y Kosovo, más que Bush e Iraq, abrieron el período en el que ahora vivimos. Tras la legitimación de ambas guerras, sin embargo, yace una amplia inversión ideológica en la idea de "guerras justas" - sobre todo, en la práctica, guerras libradas por las democracias comerciales en nombre de la democracia, para imponer sus propios intereses sin un sobrepeso inaceptable de conspicuo egoísmo. Michael Ignatieff, teórico de la guerra justa que apoyó las guerras de Kosovo e Iraq, publicó un artículo influyente sobre la invasión de Iraq : "The American Empire : The Burden," en New York Times Magazine el 5 de enero de 2003, sólo semanas antes del inicio de "choque y pavor". Ignatieff se preguntó si el pueblo estadounidense era suficientemente generoso como para librar la guerra que su presidente quería comenzar contra Iraq. Porque se trataba de, escribió :

"un momento crucial en el largo debate de EE.UU. consigo mismo sobre si su papel en el extranjero como imperio amenaza o fortalece su existencia como república. El electorado estadounidense, aunque todavía apoya al presidente, se pregunta si su proclamación de una guerra sin fin contra terroristas y tiranos sólo aumentará su vulnerabilidad mientras pone en peligro sus libertades y su salud económica dentro del país. Una nación que pocas veces calcula el coste de lo que aprecia realmente debe preguntar ahora cuándo vale la 'liberación' de Iraq."

Canadiense residente en EE.UU., Ignatieff luego apoyó la guerra como asunto de deber cívico estadounidense, con

una indulgente ironía para sus antagonistas :

"El cambio de régimen es una tarea imperial por excelencia, ya que supone que el interés del imperio tiene derecho a destruir la soberanía de un Estado... El cambio de régimen también plantea la difícil pregunta para los estadounidenses de si su propia libertad incluye un deber de defender la libertad de otros más allá de sus fronteras... Pero sigue siendo un hecho - por desagradable que sea para esos izquierdistas que consideran el imperialismo estadounidense como la raíz de todo mal así como para los aislacionistas de derecha, que creen que el mundo más allá de nuestras costas no es cosa nuestra - que hay muchos pueblos que deben su libertad a un ejercicio del poder militar estadounidense... Son los bosnios, cuya nación sobrevivió porque el poder aéreo y la diplomacia estadounidenses impusieron el fin de una guerra que los europeos no pudieron detener. Son los kosovares, que todavía serían prisioneros de Serbia si no fuera por el general Wesley Clark y la Fuerza Aérea. Una lista de la gente cuya libertad depende del poder aéreo y terrestre estadounidense también incluye a los afganos y, del modo más inconveniente de todos, a los iraquíes."

¿Y por qué detenerse allí ? Para Ignatieff, el ejemplo de Kosovo fue central y persuasivo. Los que no podían comprender de qué se trataba eran "esos izquierdistas" y "aislacionistas." Al contrario, los estrategas y soldados dispuestos a soportar el "peso" del imperio no eran sólo el partido de los que poseían una visión del futuro y los humanos, eran también los realistas, los que sabían que nada bueno puede suceder sin un coste - y que nada marca tanto la grandeza de un pueblo como una sucesión de triunfos en una serie de guerras justas.

Las guerras más allá del horizonte

Si se combina la guerra aérea sin bajas que la OTAN realizó sobre Yugoslavia con la doctrina Powell de múltiples guerras y salidas seguras, se llega a algo cercano al terreno de la guerra actual Af-Pak. Una guerra en la cual un país puede ahora cruzar la frontera hacia otro sin que haya apenas una pausa para una discusión pública o un paso perdido en asignaciones presupuestarias. Cuando las guerras eran consideradas, en el mejor de los casos, como un mal necesario, se preguntaba si una guerra era estrictamente necesaria al hablar de ella. Ahora, cuando las guerras se han convertido en un modo de vida, se pregunta más bien en qué medida un punto de apoyo en una región es fuerte mientras es preparado para la guerra siguiente.

Un uso de modelo reciente ha sido introducido al inglés para facilitar ese cambio de actitud. En el lenguaje de los documentos de los *think-tanks* y en los perfiles periodísticos de los últimos dos años, se encuentra un extraño engreimiento que comienza a ser presentado como un hecho : es decir la plausibilidad de que EE.UU. planifique anticipadamente una cadena de guerras. Robert Gates planteó el pensamiento más reciente en una forma convencional, una vez más, en el programa de televisión '60 Minutes' en mayo pasado. Hablando de la necesidad de que el Pentágono se concentre en la guerra en Afganistán, Gates dijo : "Yo quería un departamento que francamente pudiera caminar y mascar chicle al mismo tiempo, que pudiera librar la guerra como lo hacemos ahora, mientras al mismo tiempo planeamos y preparamos las guerras de mañana."

La extraña perspectiva que este uso - "las guerras de mañana" - convierte en rutina es que anticipamos muchas guerras en el futuro cercano. Somos la democracia ascendiente, la nación excepcional en el mundo de las naciones. Librar guerras es nuestro destino y nuestro deber. Por lo tanto la palabra "guerras" - cada vez más en plural - se convierte en el modo común de identificar no sólo las guerras que estamos librando ahora sino las guerras que esperamos librar.

Un impresionante ejemplo de adaptación periodística al nuevo lenguaje apareció en la reciente reseña de Elisabeth Bumiller en el New York Times sobre una responsable política esencial en el gobierno de Obama, la subsecretaria de defensa para política, Michele Flournoy. A diferencia de su más conocido predecesor en esa posición, Douglas Feith - un evangelista neoconservador favorable a la guerra quien definió la inexistencia de los derechos de los

prisioneros de guerra - Flournoy no es una ideóloga. El artículo celebra ese hecho. ¿Pero cuánto consuelo puede significar que una tranquila carrerista se incline actualmente por una aceptación plural de "nuestras guerras" ? El trabajo de Flournoy, escribe Bumiller :

"se limita a lo siguiente : evaluar las amenazas contra EE.UU., proponer la estrategia para contrarrestarlas, ponerla en práctica asignando recursos dentro de las cuatro ramas de los servicios armados. Un aspecto importante para QDR [Estudio Cuatrienal de Defensa], como es llamado dentro del Pentágono, es cómo equilibrar los preparativos para futuras guerras de contrainsurgencia, como las de Iraq y Afganistán, con planes para conflictos convencionales contra potenciales adversarios bien equipados, como Corea del Norte, China o Irán.

"Otro dilema, dado que las guerras tanto en Iraq como en Afganistán han durado mucho más que la participación estadounidense en la Segunda Guerra Mundial, es cómo prepararse para conflictos que podrían involucrar a las fuerzas estadounidenses durante décadas."

Nótese la progresión de los sustantivos en este párrafo : amenazas, guerras, conflictos, décadas. Nuestra selección de guerras para un siglo podría ser variada con la misma astucia que la que solía limitarse a nuestra selección de coches. El artículo continúa admirando la frialdad del comportamiento de Flournoy usando un modismo de apreciación estética :

"La señora Flournoy ya es la impulsora de una nueva estrategia militar, que será la premisa central de la QDR, el concepto de la guerra 'híbrida', que ve los conflictos de mañana como una compleja mezcla de batallas convencionales, insurgencias y amenazas cibernéticas. 'Estamos tratando de reconocer que la guerra puede ocurrir con muchos sabores diferentes en el futuro,' dijo la señora Flournoy."

Entre la descripción de la periodista de una "compleja mezcla" y el habla de la planificadora de "muchos sabores diferentes," cuesta saber si estamos sentados en un búnker o ante la mesa de la cocina. Pero de eso se trata. Estamos llegando a considerar nuestras guerras como un ejercicio de ingenio y una prueba de gusto.

Por qué la Constitución dice poco sobre las guerras

Los fundadores de EE.UU. vieron la guerra de un modo muy diferente. Una de sus esperanzas más constantes - manifiesta en numerosos panfletos que escribieron contra el Imperio Británico y los límites contra poderes de guerra incluidos en la propia Constitución - fue que una democracia como EE.UU. llevaría irresistiblemente a apartarse de la dirección de guerras. Supusieron que las guerras eran cosa de reyes, libradas en función del interés del engrandecimiento, y también asunto de la aristocracia rural hereditaria en función del interés del aumento del privilegio y de riquezas inexplicables. De ninguna manera podían servir las guerras el interés de la gente. Maquiavelo, analista del poder a quien los fundadores leían con atención, había observado que "la gente no desea ser mandada ni oprimida," mientras "los poderosos desean mandar y oprimir." Sólo un apetito por el comando y la opresión podían llevar a alguien a adoptar una ética de guerras continuas.

En el tercero de los 'Papeles Federalistas', escritos para persuadir a los antiguos colonos de que ratificaran la Constitución, John Jay argumentó que, a falta de una unión constitucional, la multiplicación de Estados tendría el mismo efecto negativo que una proliferación de países hostiles. Una causa de las guerras en Europa en el Siglo XVIII, como lo vieron los fundadores, ha sido la mera cantidad de Estados, cada cual con sus propios apetitos egoístas separados ; de modo que también en EE.UU., los Estados, a medida que aumentaban su cantidad, provocarían celos externos y aumentarían las divisiones entre ellos mismos. "La Unión," escribió Jay, "tiende sobre todo a preservar a la gente en un estado de paz con otras naciones."

Una unión democrática y constitucional, continuó en Federalista 4, actuaría con más sabiduría que los monarcas absolutos a sabiendas de que "existen causas de la guerra pretendidas así como justas." Entre las causas pretendidas, favorecidas por los monarcas de Europa, Jay enumeró :

"una sed de gloria militar, venganza por afrentas personales ; ambición o pactos privados para engrandecer o apoyar a familias o partidarios en particular. Estos y una variedad de motivos, que sólo afectan la mente del Soberano, a menudo lo llevan a involucrarse en guerras que no están consagradas por la justicia, o la voz o los intereses de su pueblo."

Cuando, pensaba Jay, las gentes sean liberadas de su dependencia servil, para que no sigan mirando a un soberano fuera de sí mismos y de contarse como "su pueblo," los motivos para la guerra serían proporcionalmente debilitados.

No era un tema pasajero para los escritores federalistas. Alexander Hamilton lo encaró de nuevo en Federalista 6, cuando habló de "las causas de hostilidad entre naciones," y colocó por sobre todas las demás causas "el amor de poder o el deseo de preeminencia y dominación" : el deseo, en breve, de sustentar una reputación como la primera de las potencias y del control de un imperio. Continuando, en Federalista 7, con el mismo tema del seguro contra "las guerras que han desolado la tierra," Hamilton propuso que el gobierno federal podría servir como un árbitro imparcial en el territorio occidental, que de otra manera podría convertirse en "un amplio teatro para pretensiones hostiles."

Consideremos la prominencia de esos puntos de vista. Cuatro de los siete Papeles Federalistas presentan, como una razón primordial para la fundación de EE.UU., la creencia de que, al hacerlo, EE.UU. evitará con más facilidad la infección de las múltiples guerras que han desolado Europa. Fue el consenso implícito de los fundadores. No sólo Jay y Hamilton, sino también George Washington y su Farewell Address, y James Madison, Benjamin Franklin y John Adams así como John Quincy Adams. Formaba hasta tal punto parte del idealismo que se apoderó del país en los años ochenta del Siglo XVIII que Thomas Paine pudo aludir a ese sentimiento en una frase de pasada de "Los derechos del hombre." Paine afirmó lo que Jay y Hamilton daban por sentado en los Papeles Federalistas : "Europa está demasiado repleta de reinos para mantener la paz por mucho tiempo."

¿Nos hemos acostumbrado demasiado al empleo de nuestro ejército, armada y fuerza aérea como para mantener la paz por mucho tiempo, o incluso considerar la paz ? Hablar de una guerra perpetua contra "amenazas" más allá del horizonte, como lo hizo el Pentágono de Bush, y lo hace ahora en Pentágono de Obama, es evadir la pregunta de si alguna de las guerras es, para ser exactos, una guerra de autodefensa.

Detrás de toda esa evasión está la idea de que EE.UU. es una nación destinada a guerras seriales. La idea misma sugiere que ahora necesitamos un enemigo permanente que exceda la evidencia citable de peligro en cualquier momento dado. En "The Sorrows of Empire," Chalmers Johnson presentó un informe convincente sobre la justificación económica del Estado nacional de seguridad estadounidense, su base industrial y militar, y sus defensas manufactureras.

Cada movimiento hacia la reforma no es sólo dificultado por la vasta extensión y poder de nuestro ejército permanente. Tampoco basta enteramente que se encuentre la causa en nuestra busca de armas sofisticadas y tecnología letal, o en las bases militares con las cuales EE.UU. ha cercado el globo, o en los intereses financieros, los Halliburton y Raytheon, los Dyncorp y Blackwater que se combinan contra la paz con demandas que van más allá de las de la Compañía Británica de las Indias Orientales en el apogeo de su influencia. Es un rompecabezas más profundo en la relación de los propios militares con el resto de la sociedad estadounidense. Porque las fuerzas armadas de EE.UU. incluyen ahora una clase de oficiales con el carácter y los privilegios de una aristocracia nativa, y una tropa para la cual se han realizado las mejores posibilidades del socialismo.

Barack Obama ha comparado los objetivos que se propone lograr en política exterior con la tarea de hacer girar un barco muy grande en el mar. La verdad es que, en manos de Obama, la "proyección de fuerza" ya ha girado, pero en más de una dirección. Ha fijado límites retóricos internos a nuestras provocaciones a la guerra al rehusarse a hablar, como lo hizo su predecesor, de la difusión de la democracia por la fuerza o de la factibilidad del cambio de régimen como un remedio para los motivos de queja contra países hostiles. Y sin embargo puede ser seguro que ninguna de las guerras que prepara la nueva subsecretaria de defensa para política sea una guerra de pura autodefensa - la única clase de guerra que los fundadores de EE.UU. hubieran considerado. Ninguno de los planes actuales, a juzgar por el artículo de Bumiller, apunta a proteger a EE.UU. contra una potencia que pudiera aplastarnos en el interior. Para encontrar una potencia semejante, tendríamos que ir a buscar muy lejos más allá del horizonte.

Las futuras guerras de elección para el Departamento de Defensa parecen ser guerras de fuertes bombardeos y ocupaciones entre ligeras y medianas. Las armas serán drones en los cielos y los soldados serán, en la medida de lo posible, miembros de las fuerzas especiales encargados de ejecutar "operaciones ocultas" de aldea en aldea y de tribu en tribu. Parece poco probable que tales guerras - que requerirán el libre paso por sobre Estados soberanos por el ejército, los marines, y la Fuerza Aérea, y la represión de la resistencia nativa a la ocupación, puedan ser realizadas sin basarse de facto en cambios de régimen. Sólo se puede confiar en un gobierno títere para que actúe contra su propio pueblo en apoyo a una potencia extranjera.

Esas son las guerras planificadas y libradas actualmente en nombre de la seguridad de EE.UU. Representan una política que se opone totalmente al idealismo de libertad que persistió desde la fundación de EE.UU. hasta bien avanzado el Siglo XX. Es fácil descartar el contraste que hicieron Washington, Paine y otros, entre la moral de una república y los apetitos de un imperio. Sin embargo, el punto de ese contraste es simple, literal y de ninguna manera elusivo. Capturó una verdad permanente sobre la ciudadanía en una democracia. No se puede, decía, seguir siendo un pueblo libre mientras se aceptan los frutos de la conquista y la dominación. Los beneficiarios pasivos de los amos son también esclavos.

Traducido del inglés para Rebelión por : Germán Leyens

.....

* **David Bromwich**, editor de una selección de discursos de Edmund Burke "On Empire, Liberty, and Reform," ha escrito sobre la Constitución y las guerras de EE.UU. para The New York Review of Books y The Huffington Post.

Copyright 2009 David Bromwich

Tomgram : David Bromwich, America's Serial Warriors

Here's part of the way that Secretary of Defense Robert Gates [recently defended](#) his decision to stop production of the F-22 Raptor, the U.S. Air Force's [giant boondoggle](#) of a fighter jet. "Consider," the secretary of defense said, "that by 2020, the United States is projected to have nearly 2,500 manned combat aircraft of all kinds. Of those, nearly 1,100 will be the most advanced fifth generation F-35s and F-22s. China, by contrast, is projected to have no fifth generation aircraft by 2020. And by 2025, the gap only widens. The U.S. will have approximately 1,700 of the most advanced fifth generation fighters versus a handful of comparable aircraft for the Chinese...Only in the parallel universe that is Washington, D.C., would that be considered 'gutting' defense."

So we've already made it to 2025 and, the Secretary of Defense tells us, the U.S. will still, according to present

Pentagon planning, have an air force the likes of none on Earth. But don't stop there. That's just medium-range planning when it comes to the U.S. military and future war fighting. [According to David Axe](#) of *Wired's* Danger Room blog, the Air Force has just released its "[Unmanned Aircraft Systems Flight Plan 2009-2047.](#)" In what Axe describes as an "acronym-dense 82 pages," it suggests that "tomorrow's dogfighters might not have pilots in the cockpit." The Plan sketches out how "ever-larger and more sophisticated flying robots could eventually replace every type of manned aircraft in its inventory" — everything from speedy air-to-air fighters to lumbering bombers and tankers."

Whether this proves fantasy or reality, the thing to note here is that date : 2047. Now, *that's* long-range planning of a sort that no other part of the U.S. government is ever likely to do. And that's because, as David Bromwich, who writes regularly and incisively for the [Huffington Post](#) and the [New York Review of Books](#) , points out, the U.S. now regularly imagines itself as a serial warrior into the distant future.

Tom

America's Wars

How Serial War Became the American Way of Life

By David Bromwich

[Tomdispatch](#) . USA, 2009-07-21

On July 16, in a [speech](#) to the Economic Club of Chicago, Secretary of Defense Robert Gates said that the "central question" for the defense of the United States was how the military should be "organized, equipped" and funded "in the years ahead, to win the wars we are in while being prepared for threats on or beyond the horizon." The phrase *beyond the horizon* ought to sound ominous. Was Gates telling his audience of civic-minded business leaders to spend more money on defense in order to counter threats whose very existence no one could answer for ? Given the public acceptance of American militarism, he could speak in the knowledge that the awkward challenge would never be posed.

We have begun to talk casually about our *wars* ; and this should be surprising for several reasons. To begin with, in the history of the United States war has never been considered the normal state of things. For two centuries, Americans were taught to think war itself an aberration, and "wars" in the plural could only have seemed doubly aberrant. Younger generations of Americans, however, are now being taught to expect no end of war "and no end of wars.

For anyone born during World War II, or in the early years of the Cold War, the hope of international progress toward the reduction of armed conflict remains a palpable memory. After all, the menace of the Axis powers, whose state apparatus was fed by wars, had been stopped definitively by the concerted action of Soviet Russia, Great Britain, and the United States. The founding of the United Nations extended a larger hope for a general peace. Organizations like the Committee for a Sane Nuclear Policy (SANE) and the Union of Concerned Scientists reminded people in the West, as well as in the Communist bloc, of a truth that everyone knew already : the world had to advance beyond war. The French philosopher Alain Finkielkraut called this brief interval "the Second Enlightenment" partly because of the unity of desire for a world at peace. And the name Second Enlightenment is far from absurd. The years after the worst of wars were marked by a sentiment of universal disgust with the very idea of war.

In the 1950s, the only possible war between the great powers, the U.S. and the Soviet Union, would have been a nuclear war ; and the horror of assured destruction was so monstrous, the prospect of the aftermath so unforgivable,

that the only alternative appeared to be a design for peace. John F. Kennedy saw this plainly when he pressed for ratification of the Nuclear Test Ban Treaty "the greatest achievement of his administration.

He signed it on October 7, 1963, six weeks before he was killed, and it marked the first great step away from war in a generation. Who could have predicted that the next step would take 23 years, until the imagination of Ronald Reagan took fire from the imagination of Mikhail Gorbachev in Reykjavik ? The delay after Reykjavik has now lasted almost another quarter-century ; and though Barack Obama speaks the language of progress, it is not yet clear whether he has the courage of Kennedy or the imagination of Gorbachev and Reagan.

Forgetting Vietnam

In the twentieth century, as in the nineteenth, smaller wars have "locked in" a mentality for wars that last a decade or longer. The Korean War put Americans in the necessary state of fear to permit the conduct of the Cold War "one of whose shibboleths, the identification of the island of Formosa as the real China, was developed by the pro-war lobby around the Nationalist Chinese leader Chiang Kai-shek. Yet the Korean War took place in some measure under U.N. auspices, and neither it nor the Vietnam War, fierce and destructive as they were, altered the view that war as such was a relic of the barbarous past.

Vietnam was the by-product of a "containment" policy against the Soviet Union that spun out of control : a small counterinsurgency that grew to the scale of almost unlimited war. Even so, persistent talk of peace "of a kind we do not hear these days " formed a counterpoint to the last six years of Vietnam, and there was never a suggestion that another such war would naturally follow because we had enemies everywhere on the planet and the way you dealt with enemies was to invade and bomb.

America's failure of moral awareness when it came to Vietnam had little to do with an enchantment with war as such. In a sense the opposite was true. The failure lay, in large part, in a tendency to treat the war as a singular "nightmare," beyond the reach of history ; something that happened to us, not something we did. A belief was shared by opponents and supporters of the war that *nothing like this must ever be allowed to happen to us again*.

So the lesson of Vietnam came to be : never start a war without knowing what you want to accomplish and when you intend to leave. Colin Powell gave his name to the new doctrine ; and by converting the violence of any war into a cost-benefit equation, he helped to erase the consciousness of the evil we had done in Vietnam. Powell's symptomatic and [oddly heartless](#) warning to George W. Bush about invading Iraq "You break it, you own it" " expresses the military pragmatism of this state of mind.

For more than a generation now, two illusions have dominated American thinking about Vietnam. On the right, there has been the idea that we "fought with one hand tied behind our back." (In fact the only weapons the U.S. did not use in Indochina were nuclear.) Within the liberal establishment, on the other hand, a lone-assassin theory is preferred : as with the Iraq War, where the blame is placed on Secretary of Defense Donald Rumsfeld, so with Vietnam the culprit of choice has become Secretary of Defense Robert McNamara.

This convenient narrowing of the responsibility for Vietnam became, if anything, more pronounced after the death of McNamara on July 6th. Even an [honest and unsparing obituary](#) like Tim Weiner's in the *New York Times* peeled away from the central story relevant actors like Secretary of State Dean Rusk and General William Westmoreland. Meanwhile, President Richard Nixon and his National Security Adviser Henry Kissinger seem to have dematerialized entirely "as if they did nothing more than "inherit" the war. The truth is that Kissinger and Nixon extended the Vietnam War and compounded its crimes. One need only recall the [transmission](#) of a startling presidential command in a phone call by Kissinger to his deputy Alexander Haig. The U.S. would commence, said Kissinger, "a

massive bombing campaign in Cambodia [using] anything that flies on anything that moves."

No more than Iraq was Vietnam a war with a single architect or in the interest of a single party. The whole American political establishment "and for as long as possible, the public culture as well" rallied to the war and questioned the loyalty of its opponents and resisters. Public opinion was asked to admire, and did not fail to support, the Vietnam War through five years under President Lyndon Johnson ; and Nixon, elected in 1968 on a promise to end it with honor, was not held to account when he carried it beyond his first term and added an atrocious auxiliary war in Cambodia.

Yet ever since Senator Joe McCarthy accused the Democrats of "twenty years of treason" "the charge that, under presidents Franklin Delano Roosevelt and Harry Truman, the U.S. had lost a war against Communist agents at home we did not even realize we were fighting" it has become a folk truth of American politics that the Republican Party is the party that knows about wars : how to bring them on and how to end them.

Practically, this means that Democrats must be at pains to show themselves more willing to fight than they may feel is either prudent or just. As the legacy of Lyndon Johnson and Bill Clinton attests, and as the first half year of Obama has confirmed, Democratic presidents feel obliged either to start or to widen wars in order to prove themselves worthy of every kind of trust. Obama indicated his grasp of the logic of the Democratic candidate in time of war as early as the primary campaign of 2007, when he assured the military and political establishments that withdrawal from Iraq would be compensated for by a larger war in Pakistan and Afghanistan.

We are now close to codifying a pattern by which a new president is expected never to give up one war without taking on another.

From Humanitarian Intervention to Wars of Choice

Our confidence that our selection of wars will be warranted and our killings pardoned by the relevant beneficiaries comes chiefly from the popular idea of what happened in Kosovo. Yet the eleven weeks of NATO bombings from March through June 1999 "an apparent exertion of humanity (in which not a single plane was shot down) in the cause of a beleaguered people" was also a test of strategy and weapons.

Kosovo, in this sense, was a larger specimen of the sort of test war launched in 1983 by Ronald Reagan in Grenada (where an invasion ostensibly to protect resident Americans also served as aggressive cover for the president's retreat from Lebanon), and in 1989 by George H.W. Bush in Panama (where an attack on an unpopular dictator served as a trial run for the weapons and propaganda of the First Gulf War a year later). The NATO attack on the former Yugoslavia in defense of Kosovo was also a public war "legal, happy, and just, as far as the mainstream media could see" a war, indeed, organized in the open and waged with a glow of conscience. The goodness of the bombing was radiant on the face of Tony Blair. It was Kosovo more than any other engagement of the past 50 years that prepared an American military-political consensus in favor of serial wars against transnational enemies of whatever sort.

An antidote to the humanitarian legend of the Kosovo war has been [offered](#) in a recent article by David Gibbs, drawn from his book [First Do No Harm](#). Gibbs shows that it was not the Serbs but the Kosovo Liberation Army (KLA) that, in 1998, broke the terms of the peace agreement negotiated by Richard Holbrooke and thus made a war inevitable. Nor was it unreasonable for Serbia later to object to the American and European demand that NATO peacekeepers enjoy "unrestricted passage and unimpeded access" throughout Yugoslavia "in effect, that it consent to be an occupied country.

Americans were told that the Serbs in that war were oppressors while Albanians were victims : a mythology that bears a strong resemblance to later American reports of the guilty Sunnis and innocent Shiites of Iraq. But the KLA, Gibbs recounts, "had a record of viciousness and racism that differed little from that of [Serbian leader Slobodan] Milosevic's forces." And far from preventing mass killings, the "surgical strikes" by NATO only increased them. The total number killed on both sides before the war was about 2,000. After the bombing and in revenge for it, about 10,000 people were killed by Serb security forces. Thus, the more closely one inquires the less tenable Kosovo seems as a precedent for future humanitarian interventions.

Clinton and Kosovo rather than Bush and Iraq opened the period we are now living in. Behind the legitimization of both wars, however, lies a broad ideological investment in the idea of "just wars" — chiefly, in practice, wars fought by the commercial democracies in the name of democracy, to advance their own interests without an unseemly overbalance of conspicuous selfishness. Michael Ignatieff, a just-war theorist who supported both the Kosovo and Iraq wars, published an influential article on the invasion of Iraq, [*"The American Empire : The Burden,"*](#) in *New York Times Magazine* on January 5, 2003, only weeks before the onset of "shock and awe." Ignatieff asked whether the American people were generous enough to fight the war our president intended to start against Iraq. For this was, he wrote,

"a defining moment in America's long debate with itself about whether its overseas role as an empire threatens or strengthens its existence as a republic. The American electorate, while still supporting the president, wonders whether his proclamation of a war without end against terrorists and tyrants may only increase its vulnerability while endangering its liberties and its economic health at home. A nation that rarely counts the cost of what it really values now must ask what the 'liberation' of Iraq is worth."

A Canadian living in the U.S., Ignatieff went on to endorse the war as a matter of American civic duty, with an indulgent irony for its opponents :

"Regime change is an imperial task par excellence, since it assumes that the empire's interest has a right to trump the sovereignty of a state... Regime change also raises the difficult question for Americans of whether their own freedom entails a duty to defend the freedom of others beyond their borders... Yet it remains a fact — as disagreeable to those left wingers who regard American imperialism as the root of all evil as it is to the right-wing isolationists, who believe that the world beyond our shores is none of our business — that there are many peoples who owe their freedom to an exercise of American military power... There are the Bosnians, whose nation survived because American air power and diplomacy forced an end to a war the Europeans couldn't stop. There are the Kosovars, who would still be imprisoned in Serbia if not for Gen. Wesley Clark and the Air Force. The list of people whose freedom depends on American air and ground power also includes the Afghans and, most inconveniently of all, the Iraqis."

And why stop there ? To Ignatieff, the example of Kosovo was central and persuasive. The people who could not see the point were "those left wingers" and "isolationists." By contrast, the strategists and soldiers willing to bear the "burden" of empire were not only the party of the far-seeing and the humane, they were also the realists, those who knew that nothing good can come without a cost — and that nothing so marks a people for greatness as a succession of triumphs in a series of just wars.

The Wars Beyond the Horizon

Couple the casualty-free air war that NATO conducted over Yugoslavia with the Powell doctrine of multiple wars and safe exits, and you arrive somewhere close to the terrain of the Af-Pak war of the present moment. A war in one country may now cross the border into a second with hardly a pause for public discussion or a missed step in appropriations. When wars were regarded as, at best, a necessary evil, one asked about a given war whether it was

strictly necessary. Now that wars are a way of life, one asks rather how strong a foothold a war plants in its region as we prepare for the war to follow.

A new-modeled usage has been brought into English to ease the change of view. In the language of think-tank papers and journalistic profiles over the past two years, one finds a strange conceit beginning to be presented as matter-of-fact : namely the plausibility of the U.S. mapping with forethought a string of wars. Robert Gates put the latest thinking into conventional form, [once again](#), on *60 Minutes* in May. Speaking of the Pentagon's need to focus on the war in Afghanistan, Gates said : "I wanted a department that frankly could walk and chew gum at the same time, that could wage war as we are doing now, at the same time we plan and prepare for tomorrow's wars."

The weird prospect that this usage "tomorrow's wars" renders routine is that we anticipate a good many wars in the near future. We are the ascendant democracy, the exceptional nation in the world of nations. To fight wars is our destiny and our duty. Thus the word "wars" increasingly in the plural is becoming the common way we identify not just the wars we are fighting now but all the wars we expect to fight.

A striking instance of journalistic adaptation to the new language [appeared](#) in Elisabeth Bumiller's recent *New York Times* profile of a key policymaker in the Obama administration, Undersecretary of Defense for Policy Michele Flournoy. Unlike her best-known predecessor in that position, Douglas Feith "a neoconservative evangelist for war who defined out of existence the rights of prisoners-of-war" Flournoy is not an ideologue. The article celebrates that fact. But how much comfort should we take from the knowledge that a calm careerist today naturally inclines to a plural acceptance of "our wars" ? Flournoy's job, writes Bumiller, "boils down to this : assess the threats against the United States, propose the strategy to counter them, then put it into effect by allocating resources within the four branches of the armed services. A major question for the Q.D.R. [Quadrennial Defense Review], as it is called within the Pentagon, is how to balance preparations for future counterinsurgency wars, like those in Iraq and Afghanistan, with plans for conventional conflicts against well-equipped potential adversaries, like North Korea, China or Iran.

"Another quandary, given that the wars in both Iraq and Afghanistan have lasted far longer than the American involvement in World War II, is how to prepare for conflicts that could tie up American forces for decades."

Notice the progression of the nouns in this passage : threats, wars, conflicts, decades. Our choice of wars for a century may be varied with as much cunning as our choice of cars once was. The article goes on to admire the coolness of Flournoy's manner in an idiom of aesthetic appreciation :

"Already Ms. Flournoy is a driving force behind a new military strategy that will be a central premise of the Q.D.R., the concept of 'hybrid' war, which envisions the conflicts of tomorrow as a complex mix of conventional battles, insurgencies and cyber threats. 'We're trying to recognize that warfare may come in a lot of different flavors in the future,' Ms. Flournoy said."

Between the reporter's description of a "complex mix" and the planner's talk of "a lot of different flavors," it is hard to know whether we are sitting in a bunker or at the kitchen table. But that is the point. We are coming to look on our wars as a trial of ingenuity and an exercise of taste.

Why the Constitution Says Little About Wars

A very different view of war was taken by America's founders. One of their steadiest hopes "manifest in the scores of pamphlets they wrote against the British Empire and the checks against war powers built into the Constitution itself" was that a democracy like the United States would lead irresistibly away from the conduct of wars. They supposed that wars were an affair of kings, waged in the interest of aggrandizement, and also an affair of the

hereditary landed aristocracy in the interest of augmented privilege and unaccountable wealth. In no respect could wars ever serve the interest of the people. Machiavelli, an analyst of power whom the founders read with care, had noticed that "the people desire to be neither commanded nor oppressed," whereas "the powerful desire to command and oppress." Only an appetite for command and oppression could lead someone to adopt an ethic of continuous wars.

In the [third](#) of the *Federalist Papers*, written to persuade the former colonists to ratify the Constitution, John Jay argued that, in the absence of a constitutional union, the multiplication of states would have the same unhappy effect as a proliferation of hostile countries. One cause of the wars of Europe in the eighteenth century, as the founders saw it, had been the sheer number of states, each with its own separate selfish appetites ; so, too, in America, the states, as they increased in number, would draw external jealousies and heighten the divisions among themselves. "The Union," wrote Jay, "tends most to preserve the people in a state of peace with other nations."

A democratic and constitutional union, he went on to say in [Federalist 4](#) , would act more wisely than absolute monarchs in the knowledge that "there are pretended as well as just causes of war." Among the pretended causes favored by the monarchs of Europe, Jay numbered :

"a thirst for military glory, revenge for personal affronts ; ambition or private compacts to aggrandize or support their particular families, or partisans. These and a variety of motives, which affect only the mind of the Sovereign, often lead him to engage in wars not sanctified by justice, or the voice and interests of his people."

When, thought Jay, the people are shorn of their slavish dependence, so that they no longer look to a sovereign outside themselves and count themselves as "his people," the motives for war will be proportionately weakened.

This was not a passing theme for the *Federalist* writers. Alexander Hamilton took it up again in [Federalist 6](#) ,when he spoke of "thecauses of hostility among nations," and ranked above all other causes "the love of power or the desire of preeminence and dominion" : the desire, in short, to sustain a reputation as the first of powers and to control an empire. Pursuing, in [Federalist 7](#) , the same subject of insurance against "the wars that have desolated the earth," Hamilton proposed that the federal government could serve as an impartial umpire in the Western territory, which might otherwise become "an ample theatre for hostile pretensions."

Consider the prominence of these views. Four of the first seven *Federalist Papers* offer, as a prime reason for the founding of the United States, the belief that, by doing so, America will more easily avert the infection of the multiple wars that have desolated Europe. This was the implicit consensus of the founders. Not only Jay and Hamilton, but also George Washington in his Farewell Address, and James Madison and Benjamin Franklin, and John Adams as well as John Quincy Adams. It was so much part of the idealism that swept the country in the 1780s that Thomas Paine could allude to the sentiment in a passing sentence of *The Rights of Man*. Paine there asserted what Jay and Hamilton in the *Federalist Papers* took for granted : "Europe is too thickly planted with kingdoms to be long at peace."

Have we now grown too used to the employment of our army, navy, and air force to be long at peace, or even to contemplate peace ? To speak of a perpetual war against "threats" beyond the horizon, as the Bush Pentagon did, and now the Obama Pentagon does, is to evade the question whether any of the wars is, properly speaking, a war of self-defense.

At the bottom of that evasion lies the idea of the United States as a nation destined for serial wars. The very idea suggests that we now have a need for an enemy at all times that exceeds the citable evidence of danger at any given time. In [The Sorrows of Empire](#) , Chalmers Johnson gave a convincing account of the economic rationale of the American national security state, its industrial and military base, and its manufacturing outworks.

It is not only the vast extent and power of our standing army that stares down every motion toward reform. Nor is the cause entirely traceable to our pursuit of refined weapons and lethal technology, or the military bases with which the U.S. has encircled the globe, or the financial interests, the Halliburtons and Raytheons, the DynCorps and Blackwaters that combine against peace with demands in excess of the British East India Company at the height of its influence. There is a deeper puzzle in the relationship of the military itself to the rest of American society. For the American military now encompasses an officer class with the character and privileges of a native aristocracy, and a rank-and-file for whom the best possibilities of socialism have been realized.

Barack Obama has compared the change he aims to accomplish in foreign policy to the turning of a very large ship at sea. The truth is that, in Obama's hands, "force projection" by the U.S. has turned already, but in more than one direction. He has set internal rhetorical limits on our provocations to war by declining to speak, as his predecessor did, of the spread of democracy by force or the feasibility of regime change as a remedy for grievances against hostile countries. And yet we may be certain that none of the wars the new undersecretary of defense for policy is preparing will be a war of pure self-defense — the only kind of war the American founders would have countenanced. None of the current plans, to judge by Bumiller's article, is aimed at guarding the U.S. against a power that could overwhelm us at home. To find such a power, we would have to search far beyond the horizon.

The future wars of choice for the Defense Department appear to be wars of heavy bombing and light-to-medium occupation. The weapons will be drones in the sky and the soldiers will be, as far as possible, special forces operatives charged with executing "black ops" from village to village and tribe to tribe. It seems improbable that such wars — which will require free passage over sovereign states for the Army, Marines, and Air Force, and the suppression of native resistance to occupation — can long be pursued without *de facto* reliance on regime change. Only a puppet government can be thoroughly trusted to act against its own people in support of a foreign power.

Such are the wars designed and fought today in the name of American safety and security. They embody a policy altogether opposed to an idealism of liberty that persisted from the founding of the U.S. far into the twentieth century. It is easy to dismiss the contrast that Washington, Paine, and others drew between the morals of a republic and the appetites of an empire. Yet the point of that contrast was simple, literal, and in no way elusive. It captured a permanent truth about citizenship in a democracy. You cannot, it said, continue a free people while accepting the fruits of conquest and domination. The passive beneficiaries of masters are also slaves.

* **David Bromwich**, the editor of a selection of Edmund Burke's speeches, [On Empire, Liberty, and Reform](#), has written on the Constitution and America's wars for The New York Review of Books and The Huffington Post.

Copyright 2009 David Bromwich